

LA ILUSTRACION NACIONAL

MADRID

ADMINISTRACIÓN: ECHEGARAY, 34

DIRECTOR

D. Práxedes Zancada y Ruata

AÑO XXII.—NÚM. 17

30 DE JULIO DE 1901



AMORES CAMPESTRES

SUMARIO

GRABADOS.—Amores campestres.—El Carlenal Cascajares.—El tambor de Roquevaire (tres grabados).—Recreos en la playa.—Carmen (un grabado).—Dama griega.—Los monos pintores.
TEXTO.—La Guardia civil y sus detractores, por P. Z.—El blanco eléctrico Chevallier, por Eduardo Gallego.—Los de arriba, por Ruperto Bosque.—El género infimo.—El tambor de Roquevaire, por Paul de Arene.—Un viaje por Asturias, por Juan José López-Serrano.—Carmen, por Federico Pita.—El hecho y el ideal, por I. Mateos.—Letras y letrillas, por Vinagrillo.—Markheim, traducción de José Guash.—Notas bibliográficas.—Reclamos y anuncios.

La Guardia civil y sus detractores

La Guardia civil, ese benemérito instituto cuya gloriosa historia debía ser motivo suficiente para el respeto y la admiración de todos, cuyos timbres honrosísimos son legítimo orgullo de sus individuos, se vió dura é injustamente atacada en la sesión del Congreso del sábado 20 de Julio por el Diputado *libertario* Sr. Lerroux.

Nada hemos de decir que pueda ofender al Diputado que de modo tan insólito se dirigió al Congreso en la sesión de referencia. Acostumbramos á discutir guardando al adversario aquellas mismas consideraciones que en justa reciprocidad pedimos para nosotros, y no hemos de faltar á ese criterio de templanza que informa nuestros actos, aunque la indignación y el asombro pugnen con aquellos estímulos de prudencia que creemos deben ser la norma de los actos periodísticos.

Las ideas políticas del Sr. Lerroux no son republicanas, porque no hay república, ni en Europa ni en América, donde no esté consagrado el respeto más absoluto á la propiedad individual, el reconocimiento del capital como fuerza económica y la trascendencia de la religión para el cumplimiento de los fines sociales.

El Sr. Lerroux niega el derecho á la propiedad. En esto se da la mano con Proudhon, y al igual que el revolucionario francés, no se contenta con tal negación, que ya de por sí significa una filiación anárquica, sino que va más allá: niega también la eficacia de las religiones, que satisfacen idealismos necesarios para el espíritu, y dogmatizando audazmente, afirma que todo capital es producto del robo.

No creemos que tales afirmaciones puedan sostenerse en el terreno de la controversia científica, sin que no se descubra en seguida lo burdo de la argumentación. Ideas propias para estimular las bajas pasiones de las multitudes inconscientes, no responden á otros propósitos que á los de causar grave quebranto en la sociedad, abrir abismos de odio entre unas y otras clases, procurar su mutua enemiga, fomentar sus enconos y rivalidades y fundar esa utópica fraternidad de la que se proclaman defensores sobre el exterminio y la muerte, sobre el incendio y el asesinato.

Todo el discurso del Sr. Lerroux tendió al mismo objeto, á agrandar distancias que deben desaparecer por la práctica de la justicia y el ejercicio de la beneficencia. En una sociedad justa y benéfica, en que no haya el egoísmo individualista, la armonía entre el capital y el trabajo es posible. En cambio, jamás podrá conseguirse, allí donde imperen ideas *nominalistas*, que conducen al anarquismo en todas sus tristes é indeclinables consecuencias.

Pero no es nuestro objeto rebatir ideas que tienen su más enérgica condenación en el sentido íntimo de la mayoría de los ciudadanos. Nuestro objeto es defender á la Guardia civil de los ataques que de fué objeto por parte del diputado por Barcelona, no porque el benemérito instituto necesite de esta defensa, sino porque cumplimos con ello un deber de nuestra conciencia.

Desde el año 1844, en que fué creada tan prestigiosa fuerza, la seguridad pública y la



protección de las personas y las propiedades está casi exclusivamente encomendada á ese Cuerpo, que ha dado repetidas pruebas de su heroísmo y de su abnegación; á ese Cuerpo, que luchó en 1873 en Sevilla y en Murcia contra la demagogia insensata, que falta de grandeza huía ante la Guardia civil, dejando como huella de su paso los edificios rociados con petróleo; á ese Cuerpo, espanto del foragido, que acabó con los excesos del bandolerismo, posesionado de los campos; á ese Cuerpo, amparo de las personas honradas, firme sostén del orden, garantía del cumplimiento de las leyes y brazo del derecho...

La Guardia civil no asesina, como decía el Sr. Lerroux. No; es una falsedad el afirmarlo, pues ese benemérito instituto no hace otra cosa que cumplir lo que el Gobierno le ordena y atenerse á sus reglamentos.

«La disciplina, elemento esencial en todo cuerpo militar, dice el art. 66 del Reglamento de 29 de Noviembre de 1871, lo es más y de mayor importancia en la Guardia civil, puesto que la diseminación en que se hallan sus individuos hace más necesario en este Cuerpo el riguroso cumplimiento de sus deberes, constante emulación, ciega obediencia, amor al servicio, unidad de sentimiento y honor y buen nombre de la institución.»

La Guardia civil cumple escrupulosamente sus deberes, y las doctrinas demoleadoras del Sr. Lerroux no pueden causar quebranto ni menoscabo alguno en el bien cimentado prestigio del benemérito instituto. Sería preciso que hubiere una espantosa subversión de sentimientos, para que el pueblo español, que debe á la Guardia civil la seguridad en los campos y el orden en las ciudades, dejara de estar agradecido á servicios tan extraordinarios y meritorios. Pero no... El pueblo español es algo más grande y más digno que uno de esos *meetings* libertarios, al que los oradores aportan como todo bagaje filosófico y político cuatro manidas vulgaridades sin asomo de profundidad ni de discurso.

Hora es de que el Gobierno ponga freno á una campaña revolucionaria que tiene por objeto debilitar el principio de autoridad, y que está prohibida de modo terminante por las leyes. Pues qué, ¿es acaso letra muerta ese artículo 258 del Código de Justicia Militar, que dice taxativamente:

«El que de palabra, por escrito ó en otra forma equivalente, injurie ú ofenda clara ó encubiertamente al Ejército ó á sus instituciones, armas, clases ó cuerpos, incurrirá en la pena de prisión correccional.»

¿Por qué ha quedado incumplido este artículo? La libertad consiste en la coexistencia de los derechos dentro del respeto á la ley, no en el atropello del derecho de los unos por la procacidad y el desenfado de los otros.

Dése la satisfacción debida al digno Cuerpo que es la salvaguardia de las instituciones vigentes, y que tantos y tan grandes sacrificios se impone en el cumplimiento de sus deberes.

Y no hemos de terminar estos mal hilvanados renglones, sin que pidamos á los Poderes públicos aumenten el haber escaso, exiguo y mezquino de los guardias civiles, obligados á mostrar una pulcritud y una corrección en el vestir, superior á la que pueden proporcionarse con la modesta asignación que perciben.

El servicio que prestan los beneméritos individuos de la Guardia civil está recompensado con gran insuficiencia.

P. Z.

El blanco eléctrico Chevallier

(Conclusión.)

Instalación del aparato.—Se coloca el blanco directamente sobre el terreno donde se quiere situarlo, igualando y apisonando un poco una superficie de un metro cuadrado próximamente, con objeto de que quede sensiblemente vertical; se desarrolla el cable llevándolo algo separado de la línea de tiro, introduciendo la empuñadura de cualquiera de los dos extremos en la llave de toma de corriente del blanco, y la otra en la del marcador que se colocará á la inmediación del tirador ó en el punto desde donde se quiera observar el efecto del fuego; se prepara la pila, empalmando los elementos como queda dicho, y se apoyan el contacto móvil del conmutador sobre el fijo de la derecha, asegurándose de que está en disposición de funcionar, golpeando con un mazo cualquiera de las planchas.

Funcionamiento.—Al chocar un proyectil con una cualquiera de las placas, ésta, venciendo la resistencia de los resortes, retrocede lo que le permiten las abrazaderas que se ven en la figura y empujan el percutor, cuyo extremo libre imprime á una de las bolas de la cabeza del tornillo un movimiento de rotación que se transforma en ascensional por ser la tuerca fija, estableciéndose el contacto de la parte del tornillo que estaba debajo de la aislada con el conductor fijo á ésta y cerrándose el circuito del sector correspondiente y dando paso á la corriente de la pila, que después de recorrer el electroimán del cuadro indicador y accionar la plaquita del sector tocado por el proyectil pasa al timbre para volver al blanco, atravesando el tornillo de contacto, á través del cual se cierra regresando á la pila.

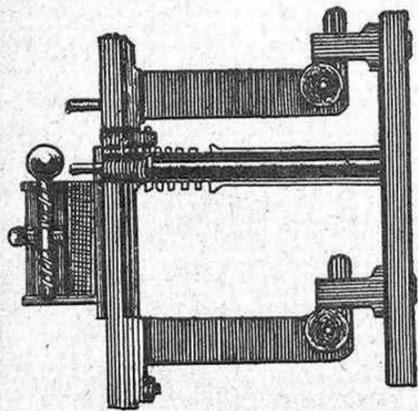
Bajo la acción de los resortes, el percutor y las placas vuelven á su primitiva posición, y otro tanto le ocurre al tornillo por su propio peso, interrumpiéndose el circuito y bastando oprimir con el dedo el botón correspondiente para que desaparezca la indicación y el aparato esté de nuevo en disposición de funcionar.

Este blanco, cuya patente de invención ha sido concedida por el Gobierno francés, á fines de 1899, ha sido premiado con dos medallas

de plata en la Exposición de París, donde estuvo instalado en una de las tiendas anexas al Gran Palacio de Ejércitos de mar y tierra, y á pesar de lo recientísimo de su construcción está ensayándose actualmente por el Gobierno francés en el campo de Chalons, donde lleva dos meses funcionando sin el menor entorpecimiento, y por los Gobiernos de España, Italia, Rumanía y Japón, habiéndose adoptado por varias Sociedades de tiro francesas y sometido á toda clase de pruebas en el *stand de Maissons-Laffite*, cerca de París.

Para dar una idea de las condiciones de solidez y garantía del blanco Chevallier, basta indicar que un aparato instalado en fin de Junio de 1900, que había sido construído para funcionar á 500 metros, se ha utilizado durante *siete meses* á la distancia de 100 metros, y se ha disparado sobre él hasta la de 50, sin que se halla roto, ni quebrado ninguna placa, á pesar de haber recibido más de 4.000 proyectiles; y sin que se haya notado el menor entorpecimiento, á pesar de no haberse tocado en todo ese tiempo el cable tendido sobre el terreno sin ninguna precaución y de haber estado sometido el aparato constantemente al calor, lluvia, nieve, heladas, etc. etc.

La casa E. Cadet de Jeronne (Somme) construye gran variedad de modelos de este blanco, de siluetas de tirador, de pie, rodilla en tierra, acostado, circulares de zonas cuyo diámetro varía entre 1 y 0,50 metros, así como también de menores dimensiones para el tiro de revólver y armas cortas, y un tipo circular de 0,18 metros de diámetro que denomina escolar, por ser muy útil su adquisición á las



Aparato de contacto de tornillo.

Sociedades de recreo y colegios. Las figuras que acompañamos creemos dan idea exacta del aparato Chevallier, que está llamado á prestar grandes servicios, facilitando la instrucción de tiro de nuestras tropas y coadyuvando al cumplimiento de los nobles fines perseguidos por las Sociedades del tiro nacional.

EDUARDO GALLEGO.

A LOS DE ARRIBA

(IMITACIÓN DE VITAL AZA)

*Requerimiento primero
que á la faz del mundo entero
(si es acaso entero el mundo)
firmamos en el segundo
y elevamos al tercero.*

Vecinos del tercer piso:
Hagan, por Dios, el favor
de no armar ese temblor,
pues de lo contrario, aviso
que va á haber un compromiso
de los de marca mayor.

Es preciso,
absoluto y necesario,
que termine ese jaleo
y ese continuo trasteo
que verifican á diario
con los muebles; está feo
menear el mobiliario.
¿No ven que con su rareza
estropean las paredes
y nos trastornan ustedes
la cabeza?

¿Quién es el vil, el tirano
que da *latas* tan feroces
en el piano
(de manubrio, por las voces)?
¿Quién canta en *dolce italiano*?
¿Quién es el que pega coces
en correcto castellano?
¡Caba...lteros!

Son ustedes muy groseros,
pues dan lugar á esta queja;
eso se hace en los Viveros
ó en los amplios merenderos
de la Fuente de la Teja;
en fin, donde el aire corra
y no haya gente debajo,
que les pueda armar camorra
y mandarlos al badajo
ó á la porra.

¡Demonio con la manía!
Desde que Dios amanece
¡dale con la artillería!
y al momento que anochece
¡venga la caballería!

Me parece
que no es quejarse de vicio
protestar de este suplicio
tan terrible;
con vecindad tan horrible
la vida es un sacrificio
insufrible.

Esto de la raya pasa
y no se puede aguantar,
esto encocora y abrasa;
si es *guasa*... puede pasar,
si no es *guasa*...
nos tendremos que mudar
á otra casa.

Todo lo sabe el portero;
digan si han de continuar
bailándonos el bolero.
Si siguen (lo que no espero),

alguno lo va á pagar...
¡se quedará sin cobrar
el casero!

Por todos los de mi casa, y por la imitación,
RUPERTO BOSQUE Y ROS.

“El género ínfimo,”

Completo y entusiasta fué el éxito alcanzado por los hermanos Quintero en el estreno de su nueva producción, que tiene la marca y el sello de su peculiar genialidad.

Toda la obrita está llena de chistes y situaciones de gran efecto, que causaron ruidosa hilaridad en la concurrencia.

No hay que decir que siendo el entremés de los hermanos Quintero, los tipos están arrancados de la realidad y hay un derroche de gracia y frescura.

No se duermen en sus laureles los insignes literatos sevillanos, y para este invierno trabajan con ahinco en varias obras, que aumentarán seguramente su fama.

LA ILUSTRACIÓN NACIONAL, que profesa á los hermanos Quintero sincera y respetuosa admiración, se complace en enviarles su entusiasta enhorabuena por el brillante triunfo alcanzado.



EL CARDENAL CASCAJARES † EN CALAHORRA EL 27 DE JULIO



El tambor de Roquevaire

(Cuento francés de Paul de Arene.)

—¿Sargento!
—¿Eres tú, Picardán?
—Sí, señor; y por cierto que el asunto es urgente.
—Espera un momento; voy por las botas.

Y dichas estas frases, el sargento cerró la ventanita abierta en la planta baja de su casa-cuartel, y á través de cuyos cristales se había dejado ver el molesto rostro de Picardán, el guarda rural.

Un instante después presentóse en el umbral del edificio, no ya con su gorro de algodón, á guisa de pacífico burgués que va á entregarse al reposo, sino convertido en temible guerrero, terciado el tricornio sobre la cabeza, pendiente del cinturón el formidable *charrasco*, y en actitud de tragarse á los malvados que, no obstante las tinieblas, atrevíanse á turbar el sueño de los pacíficos moradores de Roquevaire.

He dicho las tinieblas; pero añadiré que éstas no eran muy densas, y que la noche era una de las tranquilas y calurosas del mes de Agosto.

Pusiéronse en marcha Picardán y el sargento sin hablar palabra, y tan presto hubieron dejado atrás las últimas casas del pueblo y éste desapareció en las sombras, cuando del no distante campanario dejáronse oír, pausadas y sonoras, once vibraciones.

—¿Conque esos bandidos se encuentran en el altozano de Fuente-Seca?

—Sí, señor sargento.

—¿Los cuatro?

—Como siempre.

—Bueno... Pues veremos en qué paran estas misas.

Volvió á reinar el silencio, interrumpido únicamente por las pisadas del sargento y el choque del bastón de Picardán contra las piedras. Dejado atrás el cementerio, hacia el lado en que el camino comienza á empinarse, Picardán dijo con cierto misterio:

—¡Chist! Escuchemos...

Un ruido sordo, comparable sólo á los redobles de un tambor con sordina, dejábase oír al otro lado del altozano. Este ruido cesó por breves instantes; empero para volver á oírse, por intervalos regulares, más vigoroso y claro á medida que el sargento y el guarda rural trepaban por la colina.

Sin embargo, ya no pisaban la vereda primitiva; atraídos por las notas que se dejaban oír, habían echado á andar campo á través, atento el oído y moderado el paso, en dirección á la cumbre, punto desde el cual podían dominar mejor el terreno.

—Algunos pasos más, y vamos á descubrirlos...

—Sí; mas será preciso buscar algo que nos oculte, una roca, un árbol...

Desgraciadamente la cumbre no ofrecía árbol alguno; sólo espliego y guijarros.

—Atención—dijo el guarda;—comienza ya la fantasmagoría.

Con efecto, allá abajo, hacia los olivares, ocurría algo extraordinario. Entre los troncos apenas visibles, á la luz apagada de las estrellas, cuatro hombres, ó por mejor decir, cuatro fantasmas, desfilaron procesionalmente. De improviso la procesión se detuvo, como si aquellos individuos obedeciesen á un mandato. El primero de los fantasmas, portador de una linterna sorda, paseó el reflejo de ésta de derecha á izquierda, lenta y circulante. El segundo dió un prolongado redoble en un tambor. El tercero movió, ó por mejor decir balanceó, un objeto parecido á una regadera, y derramó sobre la tierra, á la luz de la linterna, una lluvia de líquidas perlas. Entonces el cuarto, provisto de un capazo, cayó de rodillas... y el encanto cesó; todo quedó sumido en la sombra; volvió á reinar tristísimo silencio... hasta que, un nuevo redoble y otro haz de luz arrojado sobre distinto punto de la llanura tornaron á descubrir á los cuatro misteriosos paseantes.

—¿Qué piensa usted de esto, sargento?

—Que es indispensable echarse boca acajo, como los cazadores; observar y esperar.

Sin embargo, preciso es decir que no esperaron largo rato. Casi á sus pies, en la base de la eminencia, algo escarpada en uno de los extremos de su meseta, brilló la linterna y se dejó oír el lúgubre redoble.

—¡Arriba!—gritó con voz poderosa el sargento.

—¡Vamos allá!—contestó el guarda rural.

Mas en el mismo punto que lanzaban estas enérgicas exclamaciones la luna rasgó el tupido manto de nubes que hasta entonces la envolvía é iluminó con su luz pálida la llanura, dilatando por el pedregoso suelo dos gigantescas sombras, una de ellas rematada por un tricornio, y la otra por un kepis.

Ambos representantes de la autoridad pudieron verse reproducidos, muy contra su deseo, en doble tamaño que el natural.

¿Oyeron los fantasmas los gritos del gendarme y de su acompañante? ¿Vieron dibujarse sobre el cielo sus siluetas?... El caso es que, en menos espacio del que se emplea para contarle, se apagó la linterna, calló el tambor, y el guarda y el gendarme, no obstante el cuidado que pusieron en el examen del terreno, llegados al punto objeto de sus observaciones sólo echaron de ver la tierra todavía húmeda.

La investigación hubo de suspenderse, y los dos individuos tornaron á Roquevaire mustios y callados.

El sargento apenas pudo conciliar el sueño, y al guarda no le llegaba, como suele decirse, la camisa al cuerpo.

La cosa no era para menos. Soñaba aquél que hacía dos meses, cada sábado, cuatro individuos sospechosos se dedicaban á inexplicable maniobra, y que era llegado el momento de poner en su debido punto el honor de la gendarmería atrapando á los delincuentes.

¿Quiénes podían ser éstos?

¿Fantasmas? No. Los gendarmes no creen en apariciones.

¿Buscadores de tesoros?... Esta hipótesis halagaba al sargento. Sin embargo, la regadera y el tambor le desconcertaban. No se riega un tesoro ni se busca redoblando en el tambor.

¿Cosa de duendes?... Eso ya le parecía algo más racional.

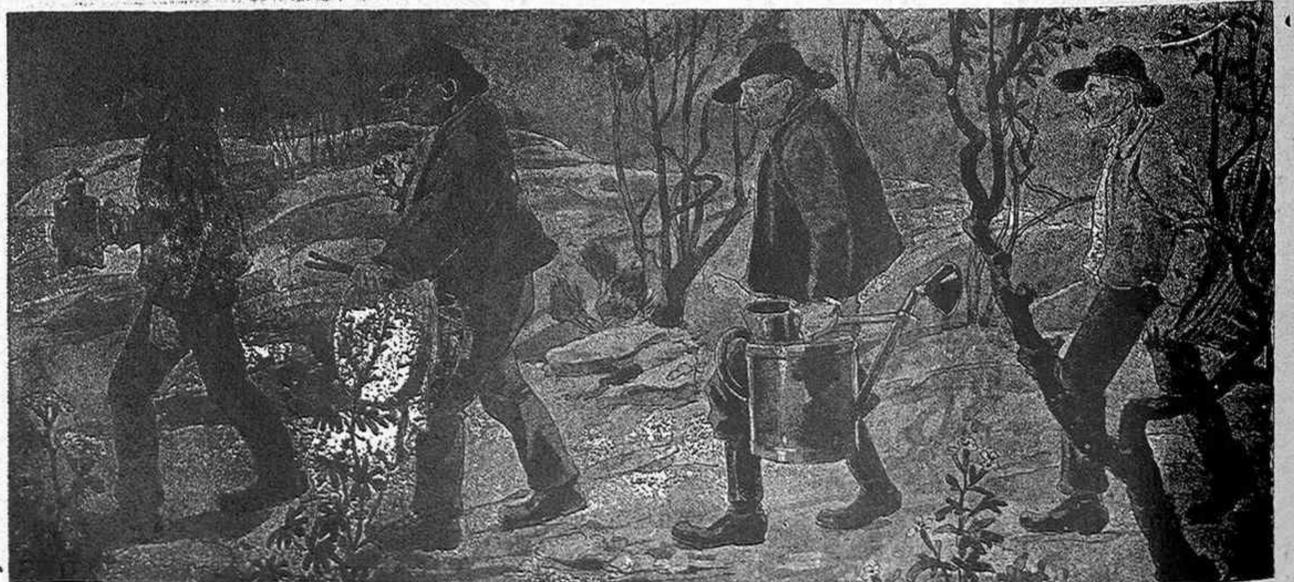
Pero, pensándolo mejor, dió en atribuirlo á la política. En efecto; el sendero, bordeado de muros, por el que debían haber escapado los fantasmas, conducía directamente á la *Casa de Agaso*, casa que pertenecía á un Sr. Baculas, gran cazador, muy *bon-vivant* y algo amigo de dar bromas á los gendarmes, motivo por el que éstos no le miraban con muy buenos ojos... si ya no también por sus opiniones escandalosamente avanzadas.

Atrapar á Baculas, ¡gran suerte fuera!

—Veremos—se dijo el sargento.

Y trazado su plan y hecha su resolución, durmióse con el sueño de los justos.

Al siguiente día, que por cierto era domingo, el sargento, muy bien afeitadito, con su uniforme de gala y con el aire satisfecho del que va á cumplir un deber, dirigióse, como de paseo, hacia la *Casa de Agaso*.





El sol acababa de asomar por el horizonte é inundaba con luz espléndida la bóveda celeste, serena y purísima.

Del techo de la casa escapábase ligero penacho de humo.

—Parece que no han salido - murmuró el sargento. Y esto diciendo precipitó la marcha y aspiró con mayor satisfacción el aire puro de la mañana, impregnado de fragantes emanaciones.

¿Cómo dudar ya?... Tan presto se halló cerca de la puerta, no del todo cerrada, echó de ver, suspendidas á guisa de panoplia, las pruebas del delito: un enorme capazo, una regadera, el ojo de cristal convexo de una linterna y la caja de un tambor mal cubierta por una servilleta.

Sin embargo, los criminales no se inmutaron. Antes por el contrario.

—¡Ola! ¿Usted por aquí, sargento?

—¡Buenos días, sargento!

—Sargento, entre usted y dese un buen latigazo del tinto.

El sargento entró decidido á observar de cerca aquellos individuos y aquellos objetos sospechosos.

Excepción hecha del tambor y la linterna, porque la regadera y el capazo poco tenían de extraordinario, nada de particular se observaba en la casa, ó por mejor decir en el casuchón, uno de tantos rincones frescos y alegres en que los buenos provenzales acostumbra á pasar los domingos en buena amistad y compañía. Sobre el muro blanqueado con cal y del que pendían diversos utensilios de cocina, leíanse inscripciones por el estilo: ¡Bebamos!—¡Cantemos!—¡Al diablo las penas!—Numerosas listas de convidados trazadas con lápiz y en las que se echaban de ver algunas crucecitas junto al apellido de comensales muertos, traían á la memoria el recuerdo de famosas comilonas. Sobre la campana de la chimenea un reloj toscamente pintado y desprovisto de agujas, ostentaba en el horario la siguiente inscripción: ¡El tiempo no ex ste!

Puestas bajo la vigilancia de tres atentos observadores, hervían, sobre grandes montones de brasas, tres cacerolas. El cuarto individuo, Baculas en persona, con los brazos al aire y la frente inundada de sudor, debatía el alioli (1) en un rincón de la estancia.

De repente, y con aire de Hércules que deja la formidable maza, hundió el palillo de madera en la perfumada mezcla, y como viera que ésta sostenía per-

fectamente aquél—prueba indudable de que estaba en su punto,—lanzó un grito de júbilo.

—¡Todos á la mesa! El alioli está hecho.

Después, y como si volviera en sí ó saliese de un arrobo para recordar las cosas terrestres, dijo volviéndose al gendarme:

—¡Ola! ¿usted por aquí, sargento?... Pues catará usted el alioli.

El sargento aceptó sin hacerse rogar, por más que su delicadeza sufriera no poco aceptando el pan y la sal de manos sospechosas.

—¿Y el bacalao?—dijo Baculas.

—El bacalao está dispuesto.

—¿Y las patatas? ¿Y los tomates? ¿Y los caracoles, los soberbios é incomparables caracoles? Huela usted, compadre; ¡qué riquísimo aroma despiden! ¡Pues á la mesa!

Todos ocuparon sus asientos, y entonces Baculas, con acento solemne, pronunció el siguiente benedicite ó clásica oración:

—Acórdáos, buenos camaradas, que los antiguos romanos no desdeñaban los caracoles y los comían en alioli tres veces por semana, lo que no les privó de ser grandes conquistadores, de alcanzar largos años de vida y de tener mujeres bonitas.

A todo esto el sargento decía para su capote:

—Creo ¡voto á San! que esta canalla me está tomando el pelo.

—Pero ¿qué hace usted ahí tan mohino, señor sargento? ¿Puede saberse qué le trae á usted tan preocupado? Usted tiene un ojo en el plato y otro en la linterna. Por cierto que si mal no recuerdo, esta misma noche, á la luz de la luna, vimos en Fuente-Seca dos sombras que nos parecieron ser la muy digna de usted y la estafalaria del bribón de Picardán. ¿Nos espababan ustedes acaso?... ¡Oh! No quiera negarlo. Les vimos perfectamente. El tricornio de usted tapaba la luna.

—Crean ustedes... señores.

—¡Vamos! ¿Quería usted saber nuestros secretos, penetrar en nuestros misterios?... ¡Pues bien, todo lo sabrá!... Camaradas, cerrad la puerta... Pero es preciso, sargento Corniche, que cuando usted se halle enterado no nos haga traición.

El sargento se encontraba solo y... y sin sable—¿qué hacer y qué decir? Juró.

—Sepa usted, pues—dijo Baculas con voz de trueno,—que los provenzales, como sus abuelos los romanos, fueron siempre aficionadísimos á los caracoles. En Roquevaire nos volvemos locos por ellos, y tenemos á honra que en ningún otro pueblo se les estime tanto y se les coma mejor aderezados.

Mas, por desgracia, el caracol es muy tímido y caprichoso. Para dejarse coger tiene sus horas; sus cuernos asoman únicamente en tiempo lluvioso... ¡Qué desdicha la nuestra si el tiempo no favorece su aparición!

En invierno, menos mal. Con tiempo y paciencia se logra coger algunas docenas en las grietas de las murallas, sitio elegido por ellos.

Pero en verano ya es más difícil, á menos que la casualidad no nos favorezca con abundante lluvia. El verano, en este terreno duro y en este clima caluroso, es fatal para cuantos amamos á los interesantes gasterópodos... Vamos á ver, sargento, ¿cómo se las compondría usted para comer caracoles en verano?

Confusó el sargento, apenas si se daba cuenta del propósito que abrigaba el orador.

—Y sin embargo—continuó Baculas,—existe un sistema gracias al cual se logra que los caracoles hundidos en el polvo vuelvan á la superficie del suelo. Mas, para descubrirlo, ha sido necesario la nativa astucia de los provenzales, en general, y de los roqueveres en particular... Difícil sería que lo adivinase usted, señor sargento, porque usted no ha nacido en Roquevaire.

He aquí el procedimiento:

Pónense en marcha hacia los olivares cuatro individuos, uno en pos de otro y paso á pasito, como usted pudo verlo ayer noche. El primero lleva oculta una linterna sorda, el segundo un tambor, el tercero una regadera y el cuarto un gran capazo. Llegados á los lugares más convenientes para hacer buena provisión, el de la linterna deja escapar un haz de luz y con rapidez suma la pascua trazando un semicírculo; el del

tambor da sobre el parche un redoble prolongado, y el de la regadera sacude ésta sobre el espacio de tierra á que puede alcanzar. Engañados por esta falsa tempestad, los caracoles abandonan su retiro, y... entonces el individuo del capazo los va poniendo á buen recaudo.

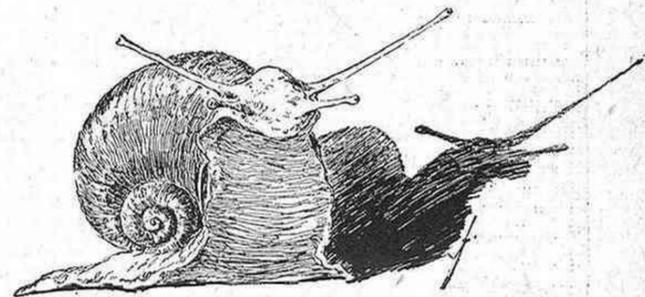
—¡Valiente modo de coger caracoles!—exclamó el sargento, no tan sorprendido, como picado en su amor propio.

—Caza divertida,—replicóle con gran sorna el famoso Baculas,—y para la que no se necesita permiso de la autoridad.

¿Es verdadera la historietta? ¿Por qué no!... La refiero tal como me la contó el célebre Mimilo, un marsellés de buena raza, que no tiene igual en narrar alegres historietas y en descifrar charadas. Pero, sea ó no cierta, lo que puedo asegurar es que, en toda la Provenza, cuando truena ó relampaguea, los lugareños, después de persignarse y mirar las nubes, no dejan de exclamar:

—¡He aquí el tambor de Roquevaire que llama á los caracoles!

F. B.



Un viaje por Asturias

III

OVIEDO

Situada al pie mismo del famoso monte del Naranco álzase la célebre ciudad que edificó D. Fruela I sobre las ruinas del convento construido por su primo Máximo, cenobita del siglo VIII.

Quédese para los historiadores y naturalistas el describir el pasado, fauna y flora de la ciudad y su concejo, limitándose yo á transmitir en imperfectas frases á los lectores de LA ILUSTRACIÓN NACIONAL mis impresiones de turista, vagas y débiles, como el recuerdo de un cinematógrafo.

Desde la estación del ferrocarril, situada á 541 kilómetros de Madrid y á 24 del mar Cantábrico, éntrase en la hermosa calle de Uria, y después en la de Fruela, ensanche de la ciudad y de reciente construcción, las cuales aparecen separadas en su lado derecho por el famoso Campo de San Francisco, pintoresco paseo que puede competir en lo bello con el Retiro de la corte, si bien mucho menor en tamaño.

Otra de las cosas notables de Oviedo es su famosa Catedral, construida, la primitiva, en el reinado de Fruela ó Mauregato, destruida después y reedificada en el siglo XIV. Es de puro estilo gótico, aunque da lo el gran número de reparaciones que se han hecho tenga también trozos del churrigueresco y plateresco. En la actualidad han empezado á hacerse nuevas reparaciones en el ábside del coro, bajo la dirección del notable arquitecto Sr. Bellido.

Difícil es resumir en los estrechos límites de un artículo todas las notabilidades que Oviedo encierra, pues tiene un sello especial de marcado carácter del siglo XVII.

Es población donde parece quieren agruparse las muchas familias de antigua nobleza que viven en Asturias. Por eso, tal vez, tiene esa tristeza especial que lo antiguo y legendario da á las poblaciones.

De Gijón me ocuparé en otra crónica; pero diré, aunque ligeramente, que es lo opuesto á esta ciudad. Gijón es la vida nueva, el siglo XX con sus adelantos y palpaciones sociales; Oviedo es la vida antigua, con el recogimiento y respetabilidad de lo legendario.

La primera es la materia, la segunda el espíritu de este gran total llamado Asturias.

JUAN JOSÉ LÓPEZ-SERRANO.

Oviedo, Julio 901.

(1) Nombre que en Provenza y en algunas provincias del Nordeste de España se da á un compuesto de ajo y aceite batidos.



H. BUNGE - 11

R. J. G. 1890

RECREOS EN LA PLAYA

CARMEN

NOVELA CORTA

I

—Desengáñese usted, D. José, Carmen lo que tiene es una de esas enfermedades cuyo diagnóstico es la Vicaría.

—¡Pero por Dios, doctor! ¿Está usted loco? ¡Carmen enamorada, y sin decirme una palabra, sin contarme esas cuitas que son causa de su tristeza!...

—¡Qué quiere usted! Cosas de la vida, amigo don José; los padres, generalmente, somos los últimos que tomamos parte en esas alegrías, cuando no pesares. En fin, esté usted tranquilo por la salud de Carmen; es una salud á prueba de los padecimientos que cura la medicina, pero en cambio muy frágil á las impresiones de la enfermedad amor.

—¡Vamos, no lo creo, no lo creo!...

—Ya lo creará usted. Son las diez, y tengo que visitar á mis enfermos. ¡Ahora sí que los hay! Si no fuera por pecar de egoísmo, podría señalar este año como de buenos resultados para la profesión... Con que hasta luego; supongo que no faltará usted á la partida...

—Eso nunca; tengo que desquitarme de lo que me llevaron ustedes ayer. ¡Vaya un codillo! Y eso que juegan mal.....

Pensativo quedóse D. José cuando el bueno de don Claudio, médico de la casa y antiguo amigo de la familia, lo abandonó para ir á cumplir con su clientela.

¿Sería verdad que Carmen estaba enamorada?

Y D. José no hacía más que dar vueltas y más vueltas en su imaginación á la tal pregunta que se hacía á sí mismo.

¡Y no era para menos! Viudo quince años, había visto crecer á su Carmencita, habíala cuidado con paternal afecto, y le horrorizaba tan sólo el pensar en que otro pudiese venir á robarle aquel tesoro de ternura.

Así es que cuantas más vueltas daba en su mente á la pícara pregunta que le había sugerido la franqueza de D. Claudio, renegaba de haberlo llamado, y casi creía necesario no hacer caso de tal franqueza y dejar sumirse en aquella pena á su hija. Pero esto era ya mucho egoísmo; su corazón de padre no podía ya alimentar más que un cariño; pero el de Carmen era distinto; comenzaba á vivir; aún no lo habían reducido las penas y las aficciones; era un corazón joven, lleno de ilusiones, repleto de afectos; así que nada extraño tenían aquellos anidamientos de amor en aquel templo de cariño.

Así lo comprendía D. José, y cuanto mayor era su convencimiento, torturas mayores se apoderaban de su espíritu.....

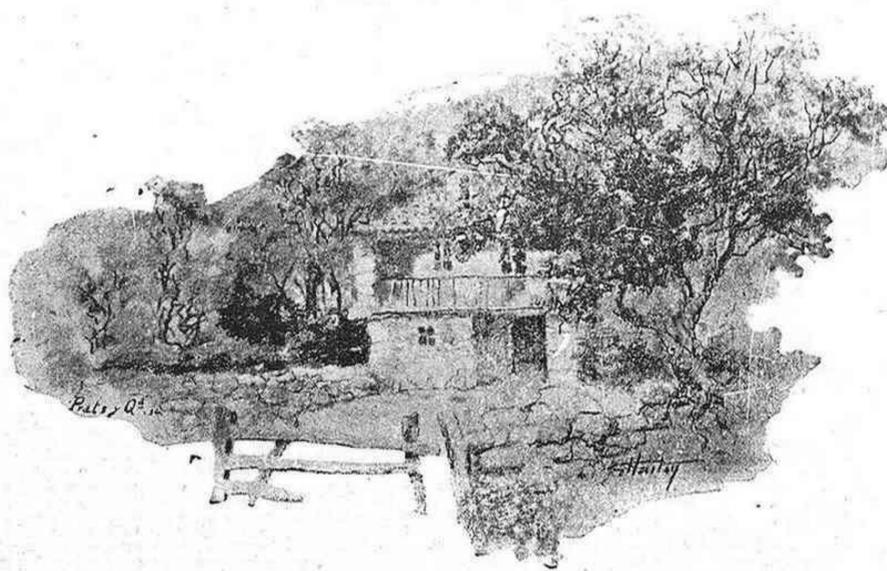
II

¡Cuidado que amaneció buen día aquel que á su patrona dedicaban los vecinos de *Cobiada*!

Aún no se habían separado del horizonte las negras nubes de la noche, cuando el sol, rasgando sus negruras, las iba convirtiendo de negras en grises, de grises en rojizas, de rojizas en sonrosadas y de sonrosadas en blancas. Y esta progresión de brillantez en los tintes cerúleos no se contraía á las nubes solamente, ¡no! Allí, en la línea de unión de mar y cielo, se veían algunos trozos de color que iban desapareciendo, para dejar su puesto al azul que de fondo servía á las blancas nubes.

¡Y el mar! Aquello era bello en extremo: las aguas, negruzcamente azuladas por opacas tintas, ibanse volviendo plateadas al ser heridas por los rayos de aquel débil sol, que aún era contenido en su nacer por las últimas resistencias de aquella gasa oscura que la noche dejara como su recuerdo.

Y poco á poco vieron los madrugadores de *Cobiada* irse despejando aquella gasa oscura, abriantada por los dorados reflejos y rasgada en mil pedazos por la masa azul del cielo de un día de primavera...



Cobiada era un pueblecillo de pescadores, de los más típicos y de más *sabor* de la costa.

No muy extenso en sus límites, presentaban sus casas de blancas fachadas un brillo fascinante al ser heridas por los rayos solares, repartidas acá y allá, sin constituir tres juntas una misma calle; en su desorden había una nota de gusto artístico, que á más de un lienzo fuera ya trasladada por los turistas y veraneantes que acudían, ávidos de las delicias de la costa, sin las exigencias de la moda.

Sobre todas aquellas *manchas* de blanco brillante, sombreadas ya por parras de rebeldes sarmientos que á los alféizares llegaban, ya por copudos castaños de añoso tronco, se destacaba, aunque raquítica en su forma esbelta por su elevación, la torre de la parroquia, en cuyo campanario relucían mohosas, á fuerza de azotarlas los aires del mar, las dos campanas que, con su volteo, anunciaban la alegría del vecindario, ó con su grave son el dolor de aquellos hijos del trabajo.

Aquel día era de holganza para los de *Cobiada*, ¡pues no faltaba más! Había que celebrar la festividad de la virgen del Carmen, de la *Carmelica*, como la llamaban familiarmente á su patrona aquellos lobos de mar...

¡Y cuidado que repicaban las pícaras campanas! Desde las cinco ya nadie dormía en el lugarejo. ¡Y no podía ser por menos! Entre el loco campaneo, los cohetes y la música, nadie había podido resistir á la tentación de echarse á la calle....

Poco á poco fué llenándose de fieles la iglesia; la misa fué de las cantadas, ¡y allí sí que se hicieron filigranas en voz y piano por varias congregantas de la Cofradía carmelita!

Después la procesión; la virgen, en las pesadas andas, cubierta de flores, rodeada de luces y velada por nubes de incienso, parecía una visión celestial. ¡Vaya si mostraron fervor á su patrona los vecinos de *Cobiada*!....

III

¿Que quién era Carmen?

Carmen era una morena encantadora y que tenía revueltos en *Cobiada* á más de cuatro, porque cada mirada de sus serenos ojos era una puñalada, y cada mohín de sus labios un tormento indecible.

Que tenía buenos ojos, juncal cuerpo, blancos dientes, negro cabello, graciosas ondulaciones y un *angel* de simpatía en todo su ser, de simpatía y atractivo, ¡no hay para qué decirlo!

Carmen, sin exagerar, era la mejor moza de *Cobiada*; y si á esto se añade un patrimonio de saneadas rentas y unas condiciones morales de difícil encuentro en la época actual, no es de admirar que por ella andasen como tiritos y troyanos los mozos de la juventud del lugar.

Y lo más raro del caso era que Carmen amaba, á su juicio sin ser correspondida, y esto la traía á mal traer.

Y no era ella sola la que sufría, sino que su padre, el bueno de D. José, también empezaba á sufrir, pero á sufrir mucho, mucho, y cada día que pasaba era un año más de vejez para el buen padre.

Mil veces estuvo tentado á afrontar aquella para él terrible cuestión, y otras tantas tuvo temor de hacerlo, porque le faltaron fuerzas. Y Carmen desmejoraba á ojos vistos; ya sus ojos no tenían aquel brillo que tanto los hermoseaba, ni sus mejillas sonroseaban eual en otros tiempos.

Y el pobre viejo, al ver esto, sentía pena muy honda, que poco á poco iba secando aquel corazón de francas alegrías y poblándolo de amargas tristezas.

¡Pero nada! por más que hacía, no se atrevía á plantear aquella difícil cuestión, enojosa según él, para su hija, y eso que D. Claudio no dejaba de atizar la hoguera en tal sentido.

—Mañana, mañana sin falta voy á hablarla, á averiguar la causa de sus pesares.

¡Pero el mañana nunca llegaba!

IV

Andresillo era un buen mozo en toda la extensión de la palabra: alto de cuerpo, moreno de rostro, de mirar franco y noble, y con un alma no viciada por las costumbres actuales, encontraba en los reducidos límites de *Cobiada* el término de todas sus aspiraciones.

Hijo de un rico propietario del cercano lugar de Soleda, vivía con su padre en aquel pueblecillo, porque las brisas marítimas sentábanle muy bien á la quebrantada salud del autor de sus días.

Allí conoció á Carmen, y desde el primer día que la vió quedóse prendado de ella; su vida, antes tan tranquila, cuando encerrado entre las montañas de Soleda, al llegar á *Cobiada*, así como su vista encontró un bienestar muy grande al contemplar aquel mar inmenso, que parecía en su límite mezclarse con el cielo, su corazón halló un goce supremo al contemplar en Carmen la dicha eterna del que la poseyera.

FEDERICO PITA.

(Se continuara.)

APUNTES DE ANTROPOLOGÍA

EL HECHO Y EL IDEAL

Lo que existe en nuestra fantasía, sin ser físico, real ó verdadero, y aquello que exteriorizamos y toma acción en la vida real, es lo que entendemos por el epígrafe con que encabezamos el presente artículo.

Mucha, muchísima es la distancia que separa á uno y otro, puesto que el ejercicio de nuestra inteligencia, que es lo más perfecto entre todo lo creado, nos hace concebir una perfección tal, que el hombre no puede llegar á realizar; pero como quiera que no puede existir el hecho sin antes haberle concebido nuestra inteligencia en toda su extensión, salvo los inconscientes, se deduce que habremos adelantado mucho en nuestra perfección, si nuestro ideal alcanza más allá del fin que hemos realizado, y el trabajo ocupará el lugar que de otro modo corresponde á la apatía, al fatalismo ó á la desesperación.

Abramos el libro de la humanidad y estudiemos en sus páginas la grande influencia que el ideal ejerce sobre el hecho. La humanidad nos presenta un sinnú-

mero de ejemplos y campo suficiente para desarrollar el tema enunciado, no ya con la brevedad que nos proponemos, sino llenando grandes volúmenes, pues de él se desarrolla la vida; pero en ninguno mejor por demos fijar nuestra atención, que en el desenvolvimiento que se ha dado á la caridad, á la amistad, á la simpatía, á la unidad del género humano; y haciendo comparaciones de los tiempos antiguos con los modernos, nos será, ciertamente, suficiente para obtener lógicamente la conclusión que me he propuesto.

Los poetas tan celebrados de la Grecia y de Roma confiesan también la creencia que tenían de que la humanidad empieza en la perfección, llamando edad de oro á la que presidía la cuna del mundo; y esta creencia llegó á ser tan general, que se afirmaba seriamente la degeneración incesante de los hombres en el transcurso de los siglos; tan es así, que entre los etruscos, los persas, los indos y los egipcios se encontraba la creencia de esta degeneración tan arraigada, que era artículo de fe la renovación de todas las cosas de la tierra y del firmamento, volviendo á comenzar su primera existencia, después de haberse consumido en el desarrollo del mal; claro es que estas doctrinas sumieron á los pueblos y aun á los individuos, en el aislamiento más lamentable, que traía aparejadas la dominación de la fuerza con la práctica del más grosero egoísmo; pero el ideal, la gran palanca de las evoluciones sociales, toma cuerpo en el pensamiento de los filósofos, rechaza aquel régimen que se había legitimado en las esferas políticas, y si bien éstos participan como los demás hombres de las corrientes sociales de aquellos tiempos, sin embargo, es ya mucho la concepción de un ideal superior al hecho, porque el hombre tiene ya un fin á donde encaminar sus esfuerzos y una esperanza que le anima á la realización de sus deseos. A poco que paremos nuestra atención en el desenvolvimiento de los hechos que nos evidencia la historia, observaremos que la filosofía, que cultiva el dilatado campo del pensamiento, ejerció tal influencia en aquellos tiempos con sus ideales, que logró una verdadera revolución en la humanidad, y la preparó para que fructificase en su seno una doctrina práctica que había de regenerarla. Me refiero á la Religión.

Sabido es por todos la diversidad de religiones que tuvo la antigüedad; cada individuo, cada familia tenía su dios; cada uno á su manera, y dentro de las costumbres de sus tiempos, santificaba sus apetitos con la voluntad de sus dioses. Nadie amaba; á todos los actos del hombre presidía el más despreciable egoísmo, y era, en fin, la humanidad un caos donde en los pueblos en que parecía reinar más la unión entre sus miembros, se veía el aislamiento más completo, síntoma de la disolución de los mismos.

El pueblo de Israel, al ser disperso por las conquistas, fué uno de los que contribuyeron á la idea de unidad entre el género humano, puesto que alimentaba su pensamiento con la conversión de todos los hombres al culto de Jehová; unido esto á un principio esencial de progreso que encarnaba ya en la secta de Zoroastro y con la religión de fraternidad y paz que en el Oriente predicaba Budha, preparó á la humanidad para la concepción de ideas mucho más elevadas, que necesariamente habían de traer como consecuencia lógica la práctica de hechos dignos del hombre. Ya tenemos á la humanidad encauzada en las corrientes de un progreso tangible, el mundo pagano se derrumba ante la fuerza que el ideal ha conquistado y por todas partes se impregna el ambiente social de amor, de fraternidad, de paz y de armonía; pero la filosofía y aun las religiones existentes eran incapaces por sí solas para combatir el último esfuerzo del paganismo y de otros elementos retrógrados para contener la existencia que perdían, y fué preciso un esfuerzo sobrehumano para la redención del humano linaje, y éste tuvo lugar cuando la venida de Jesucristo.

Había Dios preparado á la humanidad, por medios naturales, para que llenase el fin que en la creación la había asignado, y por otro sobrenatural la impulsó hacia la perfección; las doctrinas que el Nazareno extendió por los ámbitos de la tierra, enseñadas con el ejemplo que con su preciosa vida supo darnos, fueron, por decirlo así, el molde en el que las acciones del hombre se modelaron para aproximarse á la perfección por el continuo progreso. La religión cristiana

encierra una moral progresiva; así lo enseña el sermón del monte; así lo dicen unánimes los padres de la Iglesia, y así también lo atestigua la experiencia de tantos siglos como lleva de existencia. ¿Quién como ella elevó la dignidad humana?

No puede concebirse el progreso sin amor por nuestros semejantes; es la fuente de todas las acciones que elevan al hombre, y como quiera que hace diez y nueve siglos que en la mente de la humanidad germinó tan preciosa idea, los límites de los pueblos que antes separaban á los hombres ahora no es el óbice para la simpatía, para la amistad, para la fraternidad. Donde quiera que encontramos un hombre, vemos en él un semejante á quien, sin conocer nacionalidad, distinción de raza ni caracteres, amparamos y socorremos. ¿Qué se hizo de aquel antagonismo de pueblos de razas, de doctrinas y de clases? Aún me diréis que existen diferencias; sí, es cierto; pero como la perfección que admite la idea no puede encontrarse tan pronto en el hecho, pues aquélla es como la luz que hierde pronto la retina del ojo, mientras éste es el sonido que lucha con las ondulaciones antes de herir el órgano del oído; os diré que, poco á poco, la humanidad vence los obstáculos que la separan de su perfección. ¡Es tan corto momento en la vida de la humanidad la duración de la existencia de un hombre, que sin abrir los anales de la historia no vemos los adelantos progresivos que aquélla realiza!

Las naciones todas, los pueblos, las familias, los individuos, no les vemos arrastrados por esa corriente

progresiva, que si no estudiamos detenidamente en el desenvolvimiento de su vida, desconocemos la existencia del día de ayer por lo que hoy son. Tenemos á la vista un ejemplo del presente, y veréis cuán distante está el ideal del hecho, pero qué influencia ejerce la una sobre el otro. Diecinueve siglos hizo ya que germinó, como antes decimos, la idea del amor y de la igualdad de todos los hombres; en su transcurso, varios destellos iluminaron las sociedades sobre la abolición de una esclavitud en que gemía una gran parte del género humano; en el penúltimo sig'o, una gran revolución social se lleva á cabo en la vecina República, que conmueve hasta en sus cimientos el régimen entonces existente, y, sin embargo, pasa aún casi un siglo hasta que tuvo efecto la abolición de la esclavitud, que aún vivía al amparo de la ley en una de nuestras Antillas; y á pesar de esto, esta esclavitud que tan poco abona á la humanidad, aún no ha desaparecido de la redondez de la tierra. Todo irá reformándose por la idea; pero, ¿quién sabe los siglos que habrán de gastarse para llegar á la perfección?

Estas consideraciones nos hacen exclamar: todos estamos obligados á trabajar por nuestro perfeccionamiento sin creer que le hemos obtenido; porque más allá, aún más allá de donde podemos llegar está el fin del progreso, que es la perfección, y ésta es la cumbre del grandioso edificio que la humanidad está construyendo desde su infancia.

I. MATEOS.



DAMA GRIEGA



LOS MONOS PINTORES

Letras y letrillas

Un catalanista, amigo de Robert y compañía, porque se marchaba a Vigo (y conste que no exagero), afirmaba el otro día que iba un mes al extranjero.

El Sr. Lerroux dice que a las sociedades no les hace falta Dios...

Ni *Progreso*, debió añadir, porque lo ha tenido que matar.

El calor aprieta extremadamente.

El termómetro sube de un modo feroz.

Se imponen el botijo y la poca ropa.

Los Jardines del Buen Retiro son el lugar predilecto de los pocos elegantes que quedan en Madrid.

En busca de viento fresco los demás se fueron ya a Santander y Pozuelo, La Granja y San Sebastián.

El Ministro de Marina está el pobre preocupado, pues por candidez supina ahora resulta engañado.

Descendiente de Colón: ¡mal papel estás haciendo! ¡La tal regeneración contigo se está luciendo!

Moret ha hecho en su testamento político como ministro de la Gobernación 50 cesantías.

Y decía, con razón, uno de los cesantes:

—¡En ese testamento no hay más que *desheredaciones!*

El *Siglo Futuro* prepara una gran manifestación en honor de la Virgen del Pilar.

El periódico neo está recibiendo muchas adhesiones.

Uno de los adheridos dice que «irá con tres hijos útiles», y otro «que está dispuesto a derramar hasta la última gota de su sangre».

De seguro que esa sangre no llega al Ebro.

Al Pilar va el integrismo con su jefe D. Ramón, y es probable que allí mismo le den la gran desazón.

Al gobernador de Tarragona le dieron en Tortosa gran banquete, con derroche de vinos y licores, y un como consecuencia de esto, parece que en la estación de dicho pueblo estuvo un tanto excitado, rompiendo su bastón «por gala en dos» sobre las costillas de un mozo.

Y murmura la opinión que el *Prefecto* está en un brete, y que pierde su bastón por el dichoso banquete.

VINAGRILLO.

MARKHEIM

FOR

ROBERT-LUIS STEVENSON

(Continuación.)

¡Cuán majestuosa y confortante era aquella melodía! ¡Qué frescas las voces infantiles! Markheim, sonriente, prestó atención, y mientras buscaba las llaves se agolpaban en tropel en su espíritu ideas e imágenes concordantes: niños camino de la iglesia, corriendo por los campos o bañándose en el río; paseos por la landa cubierta de zarzas; cometas elevadas por la brisa en el cielo plomizo, y después, a una nueva cadencia del himno, la soñolencia de los domingos de estío, los acordes del órgano, la voz aguda y amanerada del pastor (cuyo recuerdo le hacía reír), las tumbas pintadas de los Jacobitas, y en el santuario, el título oscuro de los diez mandamientos.

Se hallaba sentado, a la vez absorto y distraído, cuando de improviso se levantó. Un sudor frío,

un soplo ardiente; su sangre circuló con velocidad. Markheim permaneció de pie, tembloroso... Alguien subía por la escalera con paso lento y regular; luego una mano se posó sobre el picaporte, haciéndole chirriar, y la puerta se abrió....

El terror le atenazaba. No sabía a quién esperar, si al muerto resucitado, si a los ministros oficiales de la justicia humana, o algún testigo mandado por la casualidad, que entraba de improviso, para enviarle a la horca. Un hombre apareció, dirigió una mirada circular a la habitación, se fijó en él, le hizo un signo, sonriéndole amigablemente como a persona conocida, y se retiró cerrando la puerta. Markheim no pudo contener su espanto, y lanzó un grito ronco que hizo volver al desconocido.

—¿Me llamábais?—preguntó con tono cariñoso, entrando en la sala y volviendo a cerrar la puerta.

Markheim, de pie, le miraba con ojos muy abiertos; tal vez su vista era víctima de alguna turbación; pero la silueta del recién llegado le parecía que temblaba como la de los ídolos de la tienda a la luz vacilante de la bujía; creía algunas veces reconocerle y otras encontraba en él su exacto parecido, y en el fondo del corazón sentía, como carga de viviente terror, la convicción de aquello que no era propio de la tierra ni de Dios.

Y sin embargo, el visitante presentaba un aspecto vulgar, cuando mirándole sonriente le dijo con tono de mundana cortesía:

—¿Supongo que buscáis el dinero?

Markheim no respondió nada, y el otro continuó: —Debo advertiros que la criada se ha despedido de su novio antes que de ordinario y que pronto estará de vuelta. No tengo necesidad de manifestaros cuáles serán las consecuencias de encontrar a Mr. Markheim en esta casa.

—¿Me conocéis?—gritó el asesino.

El desconocido se sonrió. —Sois uno de mis favoritos—dijo.—Os observo desde hace mucho tiempo, y frecuentemente he procurado ayudaros.

—¿Quién sois? ¿El diablo?—preguntó Markheim.

—Quien quiera que sea, nada tiene que ver con el servicio que voy a prestaros—replicó el otro.

—Sí—exclamó Markheim,—mucho. ¡Ayudarme vos! ¡No! ¡Nunca! ¡Aún no me conocéis!

—Os conozco—respondió el visitante con tono de severidad, o mejor dicho, de firme benevolencia;—os conozco hasta el alma.

—¿Conocerme!—dijo Markheim.—¿Quién lo puede? Mi vida no ha sido otra cosa que un disfraz, una calumnia de mí mismo. He vivido para engañar a mi naturaleza; todos los hombres hacen lo mismo, todos valen más que el disfraz que los cubre, que con ellos crece y los ahoga. Si pudiérais ver sus verdaderos rostros, notaríais esa notable diferencia, resplandecerían como héroes o como santos. Soy peor que la mayoría; mi yo está más oculto, pero mi excusa la conocemos yo y Dios, y si tuviera tiempo tal vez la revelara.

—¿A mí?—interrogó el desconocido.

—A vos antes que a nadie—respondió el criminal.—Supuse que érais inteligente. Pensaba... puesto que existís... que érais un lector del corazón humano, y, no obstante, queréis juzgarme según mis actos, sí, según mis actos. He vivido en un mundo de gigantes que me han arrastrado, agarrándome por las muñecas... desde que salí de las entrañas de mi madre... los gigantes de las circunstancias. ¡Y queréis juzgarme según mis actos! ¿Pero no podéis ver en mi interior? ¿No comprendéis que el mal me es odioso? No véis en mí la conciencia escrita, jamás desfigurada por voluntarios sofismas, aunque con frecuencia descuidada? ¿No véis en mí algo común a la humanidad... el pecador, a pesar suyo?

—Todo eso está expresado con mucho calor y sentimiento, pero no me atañe—fué la respuesta del incógnito.—Esas explicaciones traspasan los límites de mi competencia; no me preocupa el saber por qué violencias habéis sido arrastrado, una vez que no seguisteis el buen camino. El tiempo corre, la criada se retrasa mirando a los paseantes y los carteles de las fachadas, pero se acerca poco a poco y con ella se aproxima la borca a pasos agigantados. Os ayudaré, yo que lo sé todo. Os diré dónde se encuentra el dinero.

—¿Con qué condición?—preguntó Markheim.

—Con ninguna; os ofrezco este servicio como regalo de Navidad—replicó el otro.

Markheim sonrió con expresión de amargo triunfo. —No—dijo,—no aceptaré nada de vos; si muriera de sed y vuestras manos aproximaran a mis labios el cántaro que la calmara, tendría valor para rechazarlo. Tal vez sea superstición...

—No me opondré a un arrepentimiento *in extremis*—observó el incógnito.

—¿Por qué no creéis en su eficacia?—exclamó Markheim.

—No quiero decir eso—replicó su interlocutor;—considero estas cosas bajo otro punto de vista, y cuando la vida termina mi interés también concluye. El hombre vive para servirme, para producir el mal bajo pretexto de religión o para sembrar la cizaña en los campos de trigo, como lo hacéis vos mismo, cediendo complacientemente a vuestros deseos. Y cuando se aproxima la hora de su libertad, sólo un servicio puede prestarme... arrepentirse, morir sonriendo y fortificar así con la esperanza y la fe a los

más timoratos de mis servidores sobrevivientes. No soy un déspota. Probadme. Aceptad mi ayuda. Disfrutad de la vida como lo habéis hecho hasta aquí, y aún más si queréis. Extended los codos sobre la mesa, y cuando la noche llegue y las cortinas se corran fácil os será encontrar arreglo con vuestra conciencia y firmar con Dios una paz abyecta. Llego ahora, justamente, de una alcoba mortuoria, llena de personas sinceramente afligidas, que escuchaban con atención las últimas palabras del moribundo, en cuyo rostro, siempre duro como el pedernal ante toda idea de misericordia, brillaba la sonrisa de la esperanza.

—¿Y creéis que pertenezco a semejante clase?—preguntó Markheim.—¿Pensáis que no tengo más nobles aspiraciones que pecar, pecar, pecar, para después introducirme furtivamente en el cielo? ¡Mi corazón se subleva ante tal idea! ¿Es esa toda vuestra experiencia de la humanidad? ¿O acaso porque me encontráis con las manos enrojecidas me creéis capaz de tal baja? ¿Puede un asesino ser tan impío que agote hasta las mismas fuentes del bien?

—El asesinato no constituye para mí una categoría especial—contestó el otro.—Todo pecado es un asesinato, como toda vida es una guerra. Considero vuestra raza como marineros hambrientos sobre una almadía que arrancan migajas de las manos del hombre y se alimenta cada uno con la vida de los otros. Expío los crímenes desde antes de ser cometidos, y he encontrado siempre que la última consecuencia de todo es la muerte. A mis ojos, la jovencita que con mimos y caricias contraría a su madre, por causa del baile, está tan visiblemente empapada en sangre humana como un miserable asesino. ¿He dicho que sigo el rastro de las faltas? También sigo el de las virtudes, que no difieren de las primeras en el espesor de una uña; las unas y las otras son igualmente falsas para el ángel segador, para la muerte. El mal, por el cual vivo, consiste, no en la acción, sino en la esencia. El hombre malo, me es querido, pero no por su maldad, cuyos frutos si pudieran seguirse en el remolino de las edades serían tal vez mejores que los de las más raras virtudes. No es al criminal al que protejo, sino a Markheim.

(Concluirá.)

Notas bibliográficas

Un cuento de flores.

D. Cayetano Alvear es uno de nuestros poetas más fáciles y elegantes. Ternura, sentimiento, bellas imágenes, inspiración siempre florida, todo lo reúne el distinguido autor de *Un cuento de flores*.

Leyendo sus poesías, se siente una grata emoción; nuestro espíritu se conmueve dulcemente, y aquellas estrofas vibrantes y sonoras que, como ondas brilladoras de luz, ciegan y fascinan, quedan impresas en el alma.

Un cuento de flores es un poemita en que el Sr. Alvear ha derrochado a manos llenas el rico caudal de su estro poético.

Muchos lauros ha logrado el Sr. Alvear en su carrera literaria. No sólo es el genial autor de buen número de composiciones literarias, sino que ha sido, además, afortunado traductor de algunos poetas extranjeros, entre ellos Stechetti.

Reciba por *Un cuento de flores* la más entusiasta enhorabuena nuestro antiguo y querido colaborador.

Advertencia

Teníamos preparado un bien escrito artículo de D. Mariano Miguel de Val sobre la obra *Nuestras costumbres*, de D. Pedro Gotor de Burbaguena. Con gran sentimiento nuestro, el artículo ha sufrido extravío, y esta es la causa de que tengamos que aplazar para el próximo número el examen de la obra de referencia, que es un verdadero monumento literario.

Eau de Botot

DENTÍFRICO ANTISEPTICO SUPERIOR. EL ÚNICO aprobado por la Academia de Medicina de París. 17, r. de la Paix, París. EN VENTA EN TODAS LAS PARTES.

Polvos Dentífricos de Botot

EXIGIR LA MARCA BOTOT 17, r. de la Paix, París. En venta en todas las partes.



VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL DR. FRANCK
Aperitivos, Estomacales, Purgantes, Depurativos.
Contra la Falta de Apetito, el Estreñimiento, la Jaqueca, los Vahidos, Congestiones, etc.
Dosis ordinaria: 1 a 3 granos.
Noticia en cada caja.
Exigir los Verdaderos en CAJAS AZULES con rótulo de 4 colores y el Sello azul de la Unión de los FABRICANTES.
París, Farmacia Leroy y principales P^{as}

ROMERO, IMPRESOR.—LIBERTAD, 31

Sala de Armas de Pedro Carbonell

Profesor de S. M. el Rey, de Esgrima del Colegio de Sargentos para Oficiales de la Guardia Civil y del Centro del Ejército y de la Armada.

Horas de clase de 8 de la mañana á 8 de la noche.

Príncipe, 16, primero.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

Línea de Filipinas.

Trece viajes anuales, saliendo de Barcelona cada cuatro sábados, ó sean: 5 Enero, 2 Febrero, 2 Marzo, 30 de Marzo, 27 Abril, 25 Mayo, 22 Junio, 20 Julio, 17 Agosto, 14 Septiembre, 12 Octubre, 9 Noviembre y 7 Diciembre; directamente para Port-Said, Suez, Aden, Colombo, Penang, Singapoore, Ilo-Ilo y Manila, sirviendo por trasbordo los puertos de la costa oriental de Africa, de la India, Java, Sumatra, China, Japón y Australia.

Línea de Cuba y Méjico.]

Servicio del Norte: Servicio mensual á Veracruz, saliendo de Santander el 19 y de Coruña el 20 de cada mes, directamente para Habana y Veracruz. Admite pasaje y carga para Costafirme y Pacífico, con trasbordo en Habana al vapor de la línea de Venezuela-Colombia.

Servicio del Mediterráneo: Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 25 y de Cádiz el 30 de cada mes directamente para New-York Habana, Progreso y Veracruz.

[Línea de Venezuela-Colombia.]

Sevicio mensual, saliendo de Barcelona el 11 y de Cádiz el 15 de cada mes, directamente para las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Puerto Rico, Habana, Puerto Limón, Colón, Sabanilla, Puerto Cabello y la Guayra, admitiendo pasaje y carga para Veracruz con trasbordo en Habana. Combina por el ferrocarril de Panamá con las compañías de navegación del Pacífico, para cuyos puertos admite pasaje y carga con billetes y conocimientos directos.

Línea de Buenos Aires.

Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 3 y de Cádiz el 7 de cada mes, directamente para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires. Admite pasaje y carga para Río Janeiro y Santos, con trasbordo en Cádiz al vapor de la línea del Brasil.

Línea del Brasil.

Servicio mensual, saliendo de Liverpool el 24 de cada mes. Hace las escalas de Havre, Pasajes, Bilbao, Coruña, Villagarcía, Vigo, Oporto, Lisboa, saliendo el 8 de Cádiz, directamente para Las Palmas, Río Janeiro, Santos, Montevideo y Buenos Aires, admitiendo carga y pasaje para Punta Arenas, Coronel y Valparaíso con trasbordo en Montevideo, y pasaje para Montevideo y Buenos Aires con facultad de trasbordar en Cádiz al vapor que hace el servicio directo á dichas Repúblicas.

Línea de Canarias.

Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 17 y de Cádiz el 22 de cada mes, directamente para Casablanca, Mazagán, Las Palmas y Santa Cruz de Tenerife, regresando á Marsella por Cádiz, Alicante, Valencia y Barcelona.

Línea de Fernando Póo.

Servicio bimensual, saliendo de Barcelona el 25 y de Cádiz el 30 de Enero de 1901, y así sucesivamente cada dos meses para Fernando Póo, con escala en Casablanca, Mazagán y otros puertos de la costa occidental de Africa y Golfo de Guinea.

Línea de Tánger.

Salidas de Cádiz: Lunes, Miércoles y Viernes.
Salidas de Tánger: Martes, Jueves y Sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manil á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo. La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Aviso importante.—La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen. Esta compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

MEDIO MILLÓN DE SEÑAS

Acaba de publicarse el *Anuario de la Exportación, Industria y Comercio*, para 1901.—Paseo Isabel II, 8, Barcelona.

CONTIENE: Las señas de **Barcelona** por apellidos y profesiones.

Las del resto de **España**.

Las de todas las naciones de **Europa** y de las **Américas** latinas.

Aranceles de Aduanas de las mismas naciones.

Informaciones para el desarrollo comercial.

Estadísticas de exportación é importación, etc., etc.

Precio en Barcelona, **12,50** pesetas.—En el resto de España, **15** pesetas.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS

BLANCO DUCAL

Con base de glicerina, que suaviza y hermosea el cutis, dándole la frescura y transparencia de los quince años; preparados por la casa DORIN, DE PARIS, para la PERFUMERIA FRERA, especial en blancos y tintes.

Pate Agnel—Amidalina y Glicerina

Este excelente Cosmético *blanquea y suaviza la piel* y la preserva de *cortaduras, irritaciones, picazones*, dándole un aterciopelado agradable. En cuanto á las manos, les da solidez, y transparencia á las uñas.

En la Perfumería Central de ANGEL, 16, Avenue de l'Opéra y en las seis Perfumerías sucursales que posee en París, así como en todas las buenas Perfumerías.

Chocolates, Cafés, Tés, Dulces

VIUDA DE CUNILL

Paseo de Areneros, 38.—MADRID

ALFOMBRAS, TAPICES. SE HACEN de encargo con toda clase de dibujos. Fábrica real de tapices de Stuyck.

LA CASA EDITORIAL DEL SEÑOR Núñez Samper publica la importante obra religiosa titulada *El cristianismo y sus héroes*, bajo la dirección del Excmo. é Ilmo. Señor Obispo de Sión.

Va ilustrada con preciosas láminas en fototipia y fotograbado. Está terminado el tomo primero.

LA ESPAÑA MILITAR. GRAN SAS- trería de Antonio Mateos, maestro sastre del Real Cuerpo de Alabarderos y escuadrón de Escolta Real. Vergara, 3, principal, frente al Teatro Real.

CRÉDIT LYONNAIS.—FUNDADO en 1863. Capital, 200 millones de francos, Puerta del Sol, 10.—Cuentas corrientes. Compra y venta de monedas y billetes de Banco, giros y órdenes telegráficas de pago y cartas de crédito sobre todos los países del globo.—Cuentas de depósito.

CHOCOLATES DE VENANCIO VÁZ- quez. Bizcochos, galletas y bombones. Clases superiores.

DINEROSOBRE ALHAJASY EFEC- tos que convengan. Alta tasación. Intereses moderados.—Ventura de la Vega, 11, principal.

LA FAVORITA

Agua higiénica para teñir el **CABELLO** y la **BARBA**, la mejor y más barata, sin nitrato de plata ni substancia nociva, según comprueba su análisis. Destinamos 1.000 pesetas al que demuestre que en nuestro preparado existe dicho metal. Evita las enfermedades del cuero cabelludo, contribuyendo á su crecimiento; no mancha la piel ni la ropa. Usase con la mano ó esponjita. Precio del frasco, 3,50 pesetas. Por mayor, en casa del autor M. Macián, Caballero de Gracia, 30 y 32, entre-suelo, Madrid. De venta en las principales perfumerías y peluquerías.—Exportación á provincias.

La Ilustración Nacional

MILICIA, ARTES, INDUSTRIA, MODAS

PRECIOS DE SUSCRIPCION

PENINSULA

Trimestre	4,50 pesetas.
Semestre	9 —
Un año	18 —

EXTRANJERO

Semestre	12 —
Un año	24 —

Anuncios y reclamos precios convencionales.